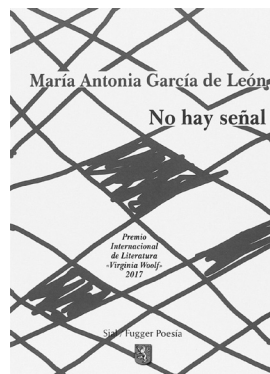


Libros

GARCÍA DE LEÓN, María Antonia: *No hay señal*, Sial Ediciones, Madrid 2017, 126 pp. ISBN: 978-84-17043-51-3.

Cuando, hace poco más de un lustro, María Antonia García de León nos sorprendió con la publicación de su primer poemario (*Poemas al ritmo de las estaciones, de los días y del amor*), pudimos ver que tras la contrastada socióloga y la brillante ensayista habitaba una poeta verdadera. Se cumple en ella la profecía de Alfonso Canales (1923-2010) quien, en un poema bellísimo titulado *Los años*, sosteniendo su voz en un verso de Virgilio, escribe: “Feliz aquél que puede las causas de las cosas / adivinar temprano, / mas el que se retarda / adrede, no queriendo que nada se le esconda, / llega más lejos: día / tras día desenvuelve / un camino que otros ya encontrarán pisado / y transitable”. En este momento en que la instantaneidad de la comunicación tecnológica ha dejado de ser puente para convertirse en dique, se agradece que alguien haya esperado a la madurez más plena para decir las cosas importantes.



No hay señal se abre con un verso que funciona a modo de emblema o de divisa —*Soy un arquitecto in pectore*— y que da pie a un poema en el que una referencia explícita (Montaigne) y una alusión vedada (Plotino) conducen a un mismo lugar: la edificación del yo real, el hallazgo de la propia esencia. Todo el poemario, una especie de *confesiones poéticas*, gravita en torno a esta composición inicial, alternándose en unos y otros poemas la presencia de lo público con lo que atañe a la intimidad: sobre ambas piedras se levanta la *humanitas*, ese concepto que engloba al ser humano íntegro, al individuo en todas sus relaciones concretas, magníficamente explicado por Ludwig Bieler:

“La debida presentación y cultura vital, sostenida en un justo medio entre la indigencia y el lujo; el gusto por las bellezas de la naturaleza y el arte; la valoración comprensiva de toda actividad espiritual como específicamente humana; la consideración por los demás hombres y el interés por todo lo

que les concierne; el sentido con que percibir lo que es connatural al hombre; la conciencia de encontrarse entre sus semejantes y en el mundo como un ser limitado”.

En este tratado poético acerca de la *humanitas*, destacan los poemas en los que la autora contempla el tránsito de su rostro frente al cristal del tiempo; encontramos aquí versos de muy bella factura, donde la poeta describe su pasado (*aquel volcán que fui / de eros y rebeldía*), se desnuda (*en la oscuridad vivía / allí llevaba mis carlancas sobre traje de seda*), labra su propia mitología (*soy Ulises, amarrado al mástil de la vida*) y cifra su vocación poética (*minera, soy la que trae el oro / arrancado a este pederal, a este desierto*). Hay también en el poemario una mirada profunda al mundo, al *barrendero que recoge las jacarandas azules / con un esfuerzo absurdo* y que, en su labor marginal, desvela un centro; a los árboles, *un auditorio / verde, escalonado*, de los cuales, como en las *Geórgicas*, se catalogan sus dones; a nuestra sociedad de la cantidad, *estos tiempos de hordas, tiempos de masas. Hidras malélicas multiplicadas, / comen y chillan, plástico y humo*.

El poema titulado *Alma tecnológica*, como un compendio de esta *sociología poética* diseminada en la obra, se construye una mirada sinóptica sobre dos maneras de habitar el mundo: en un lado del díptico, esos hombres *serios, silenciosos, solitarios, / con sus ternos oscuros y corbatas de seda, que al amanecer, planean / la ganancia que van a obtener, / el competidor al que van a batir, / el empleado que despedirán, / la prostituta que pagarán*; en la tabla opuesta, en el mismo hotel, vemos que *en el vestíbulo, / las limpiadoras están alegres, / bromean entre ellas, / frotran las lunas, / en una danza alada*. En la opaca gravedad de unos y en la ligereza transparente de las otras el mundo, respectivamente, se autodestruye y se salva.

Si damos por cierta la preciosa manera en la que el poeta ruso Yevgueni Yevtushenko define a la poesía (*la educación de la delicadeza en la percepción del mundo*), hemos entonces de reconocer que María Antonia García de León, profesora emérita en la Universidad Complutense, es docente activa en el aulario de la poesía. Hay, en el libro, algunas lecciones magistrales que educan nuestra delicadeza para percibir el mundo. Pienso en poemas como *El huevo de la serpiente*, que culmina con un espléndido dístico (*Habito en la tensión del espíritu. / Arquera, apunto a la diana*), o *Mística y misteriosa*, en donde se dice que la llanura es *lo parco como asilo, / lo recio como pan, / la lejanía como una madre*. En algunas piezas, la empatía —“una categoría estética actualmente pasada de moda...”, la ternura para con el mundo, la comprensión para con los actores del cosmos grandes y pequeños”, Zagajewski dixit— ilumina la realidad con una blancura que, velándola, la protege —en palabras de la poeta— contra *la peste de lo obvio*. Destaco dos poemas: *Todo está claro* y *Tiempos oscuros / Tiempos sin nombre*. En ellos, y de una manera que recuerda a ciertas páginas de Valente, la poesía se convierte en peana que muestra y en cofre que custodia la presencia del misterio.

Hemos de celebrar la aparición de *No hay señal* porque en el interior de esta obra habitan muchas de las razones con que la palabra poética apuntala la mansión

de la felicidad: esa casa exquisitamente pobre –pobre como un sagrario, como la tierra, como la mano de un niño– donde, al decir de Rilke, lo eterno se transforma en alimento y donde, en los anocheceres, la poesía es en ella todo y de ella vienen todos los astros. Es ella la señal.

Víctor HERRERO DE MIGUEL, OFM Cap
Escuela Superior de Estudios Franciscanos (Madrid)

MURRAY, Michael J. – REA, Michael: *Introducción a la filosofía de la religión*, M. Tabuyo-A. López (trads.), Herder, Barcelona 2017, 432 pp. ISBN: 978-84-254-3911-7.

En el ámbito continental, la filosofía de la religión suele concebirse como el intento de desentrañar la forma y el contenido de la religión más allá de las religiones. Para ello, se estudia no solo el desarrollo histórico de las grandes tradiciones religiosas y espirituales de la humanidad, sino las constantes que cabe identificar más allá de la prácticamente inabordable heterogeneidad cultural existente. Desde el siglo XVIII —en especial gracias al decisivo impulso que recibió del pensamiento kantiano—, la filosofía de la religión se ha afanado en identificar las categorías metafísicas, epistemológicas y éticas fundamentales que articulan las principales tradiciones religiosas del mundo. El cansancio ante la teología natural, es decir, ante la tentativa de deducir los atributos entitativos y operativos de Dios desde la razón pura, incentivó de manera significativa el desarrollo de una reflexión filosófica sobre la esencia y las manifestaciones de la religión, que se abstuviese de pronunciarse sobre la verdad de sus enunciados metafísicos básicos, como la existencia de Dios y la relación entre un hipotético ser supremo y la humanidad.

El libro que tenemos ante nosotros se sitúa en una corriente filosófica distinta a la que acabamos de describir. En la tradición anglosajona, la filosofía de la religión se contempla muchas veces como una continuación de las especulaciones metafísicas clásicas en torno a la existencia de Dios, la naturaleza del ser divino y cómo se relaciona con el hombre. La *Introducción a la filosofía de la religión* de Murray y Rea constituye un ejemplo perfecto de esta tendencia. No se trata de un libro que busque discernir las categorías comunes a tradiciones religiosas tan dispares como la hindú o la cristiana, sino que desde el primer momento deja clara su voluntad de

